

—Digo que el matrimonio señalado para hoy es imposible.

—¿Por qué?

—Porque M. Serigné ha sido muerto esta noche.

—¡Muerto! ¿Por quién?

—Por una niña á quien debéis bendecir, tía mía—dijo el conde en voz baja—por una mártir.

—¡Pobre niña!—exclamó la señora de Maillepré, que comprendió la verdad—¿Por qué habeis muerto á ese hombre?

—Porque—contestó Margarita—es el último de los miserables, y yo quería salvar á vuestra hija.

Estas palabras llegaron como un suspiro á los oídos de la duquesa.

Al mismo tiempo se oyó ruido de carruajes delante del palacio. La duquesa miró por el balcón y vió detenerse al pié de la escalina dos viejos coches de alquiler, escoltados por gendarmes, apeándose de aquéllos seis hombres de grave aspecto.

Pedro de Meillant apretó la mano de la hija del coronel y le dijo sumamente emocionado:

—¿Os acordáis de lo que me habeis prometido?

—Sí.

—¿Me elegireis por defensor á mí, solo á mí?

—Sí.

—Valor y no temais nada.

## XVI

## Hábitos negros.

Véase lo que había pasado en Bourges.

Impresionado por la agitación de Margarita, Bruno pensó que iba á encontrar á su regreso alguna cosa extraordinaria. Sin embargo, nada había oído mientras estuvo de centinela en el antedespacho, que revelase una escena violenta.

Con este pensamiento, creyóse en el deber de apresurar su vuelta, no por simpatía hacia Roland, á quien instintivamente odiaba, ni por el deseo de socorrerle si por casualidad necesitaba socorro, pues conocidos son los sentimientos que al antiguo ayuda de cámara del conde de Magny inspiraba el indigno protegido de su amo, y no estaba dispuesto á cambiar de opinión.

Había visto á este hombre de fortuna elevarse con una rapidez sin ejemplo. Deseaba verle caer, y en aquel momento pensaba con cierta satisfacción que la caída estaba próxima, que el prefecto había debido sufrir una gran decepción. Reflexionando sobre las ambiguas palabras de la joven, se preguntaba cómo su amo podía tener necesidad de él, y no le había llamado. ¿Qué significaba este enigma? Por desgracia para su curiosidad, á cada momento más excitada, el caballo no era ni con mucho un caballo de primera, y empleó tres cuartos de hora en



recorrer el camino que otros hubiesen hecho en veinte minutos.

Al llegar Bruno á la prefectura vió luz en el despacho del prefecto: llamó y como no le contestasen, entró, sin observar á primera vista nada extraordinario en la inmensa pieza, que estaba vacía, y alumbrada débilmente por una lámpara cubierta.

Pero cuando sus ojos se hicieron á aquella semioscuridad, Bruno quedó verdaderamente espantado viendo al pie de la mesa un gran charco de sangre sobre la alfombra y caída una silla dorada tapizada de seda azul, en la que aparecían las huellas de dedos ensangrentados. Más allá vió otros muebles que presentaban las mismas señales, y un rastro de sangre desde la mesa hasta la puerta de la escalera.

No había duda: se había cometido un asesinato, pero la víctima no estaba allí. Bruno, con todo, no se apresuró á buscarla. No se podría afirmar que aquello le agradase; pero en el fondo no podía reprimir la satisfacción del hombre que ve realizada su profecía.

Yendo del corredor al despacho, examinando las huellas, procuraba reconstruir la escena, y le llamó la atención un punto brillante debajo de la mesa: era un puñalito triangular, de punta aguda, casi completamente ensangrentado, que con un esfuerzo supremo, el herido debió arrancarse y dejarlo caer al suelo.

El brillo que hirió los ojos del ayuda de cámara era un pequeño diamante incrusta-

do en el puño. A alguna distancia Bruno recogió un pañuelo de batista, marcado con dos *M* entrelazadas: era el que había servido á Margarita para limpiarse el brazo. Pero aun sin esta prueba flagrante, Bruno hubiera comprendido desde luego que su amo había sido herido por la joven á quien acababa de dejar; así se explicaban las ambiguas frases de Margarita.

Bruno, después de hacer rápidamente estas reflexiones, volvió á poner el puñal debajo de la mesa, arrojó sobre la alfombra el pañuelo y se dedicó á buscar á su amo, empresa fácil siguiendo el rastro de sangre que iba del gabinete á la escalera y desde allí á la habitación del prefecto, situada en el primer piso, casi encima del despacho.

Aunque la distancia era corta, el herido había necesitado una energía sobrehumana y casi increíble para recorrerla.

Bruno lo encontró tendido en la cama, vestido, anhelante, con la garganta agujereada por una estrecha herida que penetraba en el pecho y que debía producirle horribles dolores.

No obstante, la expresión del herido era la del lobo preso en la trampa é impotente para hacer daño. El castañeteo de sus dientes indicaba tanta cólera como dolor. Al ruido que hizo el ayuda de cámara, abrió los ojos, que tenía cerrados, y con voz anhelante le dijo:

— ¡Ni una palabra!... ¡Silencio!

— Estáis herido... necesitáis un médico...



—Sí... un médico... pero en secreto... ó estoy perdido.

Y al decir esto cayó en una postración completa.

Bruno se preguntaba la causa de aquel misterio, y conociendo á su amo, pensó que no le movía á la reserva ningún sentimiento generoso hacia su matador, sino su egoísmo, su interés personal.

Exigía el silencio, porque la publicidad era su perdición. Pero Bruno, ni quería ni podía tampoco evitar el escándalo; porque se hiciera lo que se hiciera, la noticia correría como un reguero de pólvora, poniendo en movimiento á la policía y á la justicia.

Además aquello prometía un espectáculo de que no se quería privar el antiguo ayuda de cámara del conde de Magni.

Sin embargo, podía cumplir por el momento las órdenes de su amo. Avisó á un médico de la vecindad, estimado por su ciencia y por sus cualidades de carácter.

Al primer examen, el doctor conoció la gravedad de la herida y envió á buscar á un compañero para hacerle participe de sus responsabilidades.

El golpe había sido violento y el arma, afilada y puntiaguda, penetró hasta el vértice del pulmón.

Los dos médicos se miraron con inquietud, sin atreverse á formular un diagnóstico preciso y sin poder obtener ningún dato útil del herido, obstinado en no hablar.

Al rayar el día acababan de hacer la primera cura.

La noticia empezó á saberse en la ciudad sin que Bruno necesitara mezclarse en ello. En casos semejantes siempre hay un vehículo desconocido que conduce las nuevas sin que se pueda precisar cuál es el punto de partida.

El conserje de la prefectura vió entrar á los médicos; de allí salieron los primeros indicios. Además, los dependientes de los médicos debían hablar.

A las siete de la mañana no se hablaba de otra cosa en las tiendas, en los cafés y en las oficinas de la ciudad: y poco tiempo después todo el mundo sabía que el prefecto había sido asesinado.

—¿No sabéis lo que sucede?—se oía preguntar.

—¿En dónde?

—En la prefectura.

—¿Qué ha pasado?

—No se sabe á punto fijo; pero se habla de un crimen, de un asesinato.

—¡Diablo!

En el fondo, se hablaba de esto con cierta satisfacción, porque aquel suceso venía á romper la monotonía de la vida del pueblo.

En una población como Bourges escasean las distracciones, y el crimen contra Roland daba materia para entretener á la gente por algunos días.

Además, el prefecto acababa de llegar y era muy poco conocido. Su desgracia no impresionó, por lo tanto, los sensibles corazones de aquellas gentes más que si se tratase



de un accidente ocurrido á un mandarín de China.

Pronto se oía por todas partes el relato del suceso, delante del edificio de la prefectura, y á las ocho de la mañana se repetían por todas partes diálogos como este:

—Han asesinado al prefecto.

—¡Bah!

—Es como lo digo.

—¿Quién ha podido ser el criminal?

—Eso es lo que no se sabe.

Bruno llegó á convertirse en una figura importante. Soportó una série de interrogatorios á los que contestaba invariablemente:

—No he visto nada... no sé nada... nada puedo decir.

El ex ayuda de cámara del conde de Magni experimentaba un gran menosprecio por la especie humana, producto de su larga experiencia al lado de uno de los hombres que conocían más á fondo á sus semejantes. Así es que de buena gana hubiera gritado á todos aquellos curiosos como se grita á una trahilla de perros en el monte... ¡Busca! ¡Busca!

A las ocho de la mañana, la vieja sirvienta de M. Alberto Tabouret, juez de instrucción, entró precipitadamente en el dormitorio de este. El juez dormía profundamente.

—¡Señor!—gritó al oído la criada.

—¿Qué hay? ¿Qué hay?—preguntó Tabouret abriendo con espanto los ojos.

—El procurador os manda llamar.

—¿Para qué?

—Para un crimen... segun dice el criado de M. Dubronier,

M. Dubronier, procurador general, era hombre muy considerado entre la magistratura de Bourges, por tres razones: por su indulgencia con las debilidades humanas, por tener un cocinero sin igual y por su excelente bodega. Era el reverso de M. Tabouret, hombre presuntuoso é implacable, que hubiera armonizado divinamente con la vieja marquesa de Lignerés.

—¡Un crimen!—exclamó M. Tabouret al oír á su criada.—¡Un crimen en Bourges! ¿Qué crimen?

—Parece que han asesinado al prefecto.

—¡Eso es admirable!—dijo sencillamente el juez, saltando de la cama con la agilidad de un clown.

Efectivamente, el hecho era admirable desde el punto de vista en que se colocaba M. Tabouret.

El asesinato de un prefecto era un negocio de sensación que le proporcionaba un motivo para ponerse en evidencia. No se trataba más que de una bagatela, de descubrir al culpable y arrancarle la confesión de su crimen.

—¡Pronto! ¡La ropa, las botas, el sombrero!

En dos minutos el juez de instrucción estuvo vestido, transformado, dispuesto para entrar en funciones.

A las ocho y media entraba como un conquistador en la prefectura, en donde se encontraban ya reunidos el procurador monsieur Dubronier, siempre sonriente, y el médico forense Mr. Perchon, dispuesto á re-



dactar un informe prolijo y oscuro, en desacuerdo siempre con el de los demás médicos.

Encontrábanse, además, en la prefectura seis gendarmes para escoltar á los jueces, el comisario central y dos escribanos: todos comentaban el suceso, pudiéndose resumir sus impresiones en tres palabras.

—¡Va á ser un asunto bonito!

—¿Se ha encontrado alguna pista?—pregunto el juez de instrucción.

—Ninguna todavía.

—¿Y piezas de convicción?

—Veremos ahora.

—¿Qué dice el prefecto?

—Nada: está muy mal.

Efectivamente. Después de la primera cura, cayó en un abatimiento completo sin darse cuenta de lo que pasaba á su alrededor.

En honor de la verdad debe decirse, que lo mismo entre las autoridades, que entre los vecinos, dominaba la mayor indiferencia.

Los hombres como Roland Beroult pueden subir muy alto, imponerse, y dominar á los demás, conquistar la riqueza y el poder, pero no llegan á tener amigos: á lo sumo solo consiguen escitar la curiosidad pública.

Así sucedió en este caso: nadie se interesaba por la víctima; pero todos buscaban con ansia los pormenores del hecho.

Para el público, lo mismo que los magistrados, se planteaban estos tres problemas: Quién era el asesino,

Cómo se había realizado el crimen.

Y las causas eficientes de él.

Comenzó el examen ocular y desde luego quedó comprobado un punto importante: el móvil del crimen no había sido el robo, puesto que no había ni un mueble forzado, ni un cajón abierto, ni un objeto fuera de su sitio.

El herido se encerró en un obstinado silencio, que los magistrados se explicaban fácilmente por lo grave de su situación. En realidad, aparte del daño físico, se sentía muerto moralmente, pero devoraba su ira. ¿A quién podía confiar sus secretos?

Se daba cuenta exacta de su situación, á consecuencia de aquel golpe, funesto para él en cualquier caso.

Detenido bruscamente en pleno éxito, en el instante en que tocaba la meta de sus ambiciones, la realización de todos sus deseos, veía cernerse sobre él un escándalo horrible que no podía contener. Las amenazas enigmáticas y frías del conde de Meillant le espantaban: conocía que tenía en él un enemigo peligroso. Hubiera querido á costa de todo hacer el silencio á su alrededor; alejar á aquellos magistrados que se arrojaban con verdadero encarnizamiento sobre aquella causa, llamada á obtener celebridad: pero era imposible.

No estaba en Bourges más de seis semanas y ya conocía á fondo á aquel Tabouret, célebre en el departamento por su severidad implacable, que necesitaba todos los días un delincuente á quien confundir, lamen-



tando no disponer de los medios de tortura de pasados tiempos, para obligar á hablar á los que se encerraban en el silencio. ¿Quién era capaz de impedirle que consagrarse toda su actividad al esclarecimiento de un asunto que podía darle tanta reputación?

Allí estaba aquel Tabouret examinando todas las fisonomías, inspeccionando los muebles, olfateando las huellas de sangre, las señales de las ensangrentadas manos, buscando al criminal para arrancarle la verdad, ni más ni menos que como el cirujano, en un parto laborioso, extrae con el forceps del seno materno al feto rebelde que se resiste á salir al mundo.

De pronto sus ojos se fijaron en el puñal que Bruno colocó deliberadamente debajo de la mesa, arrojándose á él como puede lanzarse un lobo sobre su presa, y agitándolo como un trofeo á la vista del procurador, gritó en un trasporte de alegría, intercalando latinajos en sus palabras:

--¡Eh! mirad.... *Hic jacet*.... Ya tengo la prueba... *lepus*... la liebre... Basta esta pequeña arma para dar con el criminal... y ¡pronto.

¡Ah! la empresa no podía ser larga ni difícil: un niño hubiera descubierto al dueño del puñal.

--Un arma de valor--dijo el excelente Dubronier.--Y aunque no os agrade, puede decirse de quién es.

--¡Vos!--exclamó el juez, relampagueándole los ojos.

--¡Yo!--dijo modestamente el procurador,

--¿Estais seguro?

--Como que forma parte de una colección que he admirado muchas veces.

--¿En dónde?

--En Maillepré.

El juez dió un salto en su asiento.

¡En Maillepré!--pensó.--Luego el asesino debía estar ligado á la altiva duquesa.

Alberto Tabouret se creció: el negocio que tenía á su cargo entraba en la categoría de las causas célebres, sin faltarle siquiera el sabor romántico que tanto las realza. Con ella se mezclaba el apellido de una gran señora del departamento.

Mientras pensaba en esto, el comisario recogía del suelo el pañuelo marcado con dos *MM* entrelazadas.

El juez lanzó un nuevo grito de sorpresa.

--Eureka... Este es el hilo de Ariadna: el asesino es una mujer.

--Es probable--dijo el procurador con ironía suavizada por cierta amabilidad.

M. Tabouret miró el pañuelo, examinándolo en todos sentidos, y de pronto tomó su resolución:

--A Maillepré--dijo--allí es donde debemos ir sin perder un instante. ¿No es ese vuestro parecer, mi querido procurador?

--Como gustéis--dijo Dubronier con indiferencia.

La alegría del juez de instrucción no tenía límites: nunca se le había ofrecido tan magnífica ocasión de adelantar en su carrera.

¡Qué causa!



¡Un asesinato!  
¡Y qué asesinato!

Nada menos que el del primer magistrado del departamento, herido la víspera de su matrimonio en las circunstancias más tenebrosas.

¿Por quién? Por alguno muy próximo á esta opulenta familia, la flor y nata del país.

Tabouret estaba transfigurado. No tenía un céntimo; pero hubiera empeñado dos años de sueldo por un caso así.

—¡En marcha!—gritó con el mismo tono con que un general puede decir á sus ayudantes: «¡A caballo, señores!»

En casi todos los pueblos hay un servicio destinado á los miembros del tribunal, cuando tienen que trasladarse de oficio de un punto á otro, que corre á cargo de un contratista. Al poco tiempo de dar la orden Tabouret se detenían delante de la prefectura dos grandes landós, escoltados por los seis gendarmes de que ya hemos hablado, con gran admiración de la multitud extasiada ante aquel aparato de fuerza.

En uno de los carruajes se instalaron el procurador, el juez de instrucción, el médico forense y el sustituto.

En el otro tomó asiento el comisario con el escribano y dos agentes.

Bruno vió partir esta comitiva con la satisfacción del deber cumplido.

Había ejecutado al pie de la letra las órdenes de su amo.

Los dos coches fueron arrastrados al tro-

te de los cuatro caballos que tenían el honor de conducir á lo más florido de la magistratura de Bourges.

Los vecinos los veían pasar hablando del drama de aquella noche.

De todos los labios salían palabras parecidas á estas:

—Sí, querido, el prefecto ha sido asesinado, y hoy debía casarse.

—¿Con quién?

—Con una señorita del palacio de Maillepré, con la hija de una ayuda de cámara de la duquesa.

—¡Es increíble!

—¿Y ha muerto?

—Todavía no; pero está muy en peligro.

—¿No ha sido de la policía?

—Parece que sí.

—Entonces será alguna venganza.

—Es posible... De todos modos, la puñalada ha sido mortal.

—Así es.

El atentado y sus causas permanecían aún en el misterio.

Sin saber nadie de donde había venido el golpe, la mayoría se inclinaba á creer que no siendo un ladrón el asesino, aquello había de ser forzosamente el resultado de un drama de amor.